

Apreciación literaria

Carlos Sánchez

El problema es de todos harto conocido. Los sordos - entendiéndolo por tales aquellos individuos cuya pérdida auditiva ocurrió antes de haber podido desarrollar el lenguaje con la mediación de una lengua oral - confrontan dificultades insalvables para acceder al dominio de la lengua escrita. Los pocos sordos que pueden considerarse bilingües (usuarios competentes de lengua de señas y español escrito), lo son porque, casi sin excepciones, pudieron aprovechar la audición residual durante los primeros años de su vida y así establecer las correspondencias grafo/fónicas, alfabetizándose como lo haría un niño oyente.

La discusión en torno a este problema se ha centrado en la siguiente disyuntiva: ¿es o no posible la adquisición de una lengua escrita alfabética sin la mediación de la lengua oral correspondiente? Dicho de otra manera: ¿es posible dominar el registro escrito de una lengua de la que no se conoce el registro oral correspondiente? ¿Es posible leer y escribir en español sin saber hablar en español? Quienes piensan que esto no es posible, han dedicado sus esfuerzos a lograr que los sordos accedan al conocimiento fonológico de la lengua oral, para así poder apropiarse de la lengua escrita correspondiente. Y pese a que los resultados son muy menguados por no decir nulos, no parecen desanimarse...

Por el contrario, nosotros pensamos que sí es posible dominar una lengua escrita alfabética sin la mediación de la lengua oral correspondiente. La fundamentación teórica de esta posición se encuentra ampliamente desarrollada por muchos investigadores desde la perspectiva de la psicolingüística. (Véanse a este respecto, autores como Jean Foucambert "La manera de ser lector" y Frank Smith "La comprensión de la lectura", entre otros). Pero en la práctica, vamos a citar sólo dos casos, entre muchos otros, que prueban fehacientemente que esto sí es posible:

1) A mediados del siglo XIX - época denominada con justicia la época de oro de los sordos - no eran pocos los sordos que leían y escribían con fluidez y eran maestros de niños sordos. De hecho, las escuelas de sordos contaban con no menos de un 50% de maestros sordos en su plantilla de profesionales. Esta situación casi ideal se fue desmoronando a partir del nefasto Congreso de Milán de 1880, donde se prohibió el uso de la lengua de señas en la educación

de los niños sordos y se determinó la salida de los maestros sordos de las instituciones de enseñanza. Dicho sea de paso, es el único caso conocido en la historia en que una comunidad haya perdido la lengua escrita después de haberla utilizado.

2) Hasta bien entrado el Renacimiento, y desde que la escritura se incorporó a la Civilización Occidental, todos los pueblos europeos (españoles, franceses, italianos, alemanes, ingleses, polacos, etc.) hablaban en su lengua vernácula, pero invariablemente escribían en latín. Recién a partir del siglo XVI se difundieron las escrituras correspondientes a las distintas lenguas orales. No creo que las diferencias entre el polaco y el latín sean menores que las que puedan existir entre una lengua de señas y cualquier escritura alfabética (y el latín lo es). De modo que, en principio, es un argumento poco sostenible atribuirle al carácter visual de la lengua de señas el rasgo irreductible de ser una lengua ágrafa hasta que no se invente un “alfabeto” ad hoc...

Entonces, se nos podrá decir, si es posible que los sordos lleguen a dominar la lengua escrita sin pasar por el dominio previo de la lengua oral, ¿por qué no lo han logrado hasta el momento? Esta pregunta nos parece sumamente pertinente, y merece una respuesta clara y contundente, aunque la afirmación de que no lo han logrado hasta el momento hay que ponerla en duda, si observamos con un mínimo de atención un fenómeno reciente, de alcances impredecibles, pero que ha sido sistemáticamente ignorado por las instancias formales de la educación de los sordos. Me refiero al uso ampliamente difundido de la escritura en una modalidad particular (“oralidad de retorno”) en los teléfonos celulares y en Internet. Los sordos, sin pedir permiso a nadie, se han apropiado de estos medios electrónicos para escribir y leer mensajes lineales y lo hacen cada vez con más fluidez. Y podemos adelantar, de acuerdo con una investigación en curso (Postgrado de Cultura Sorda, Universidad Politécnica Territorial de Mérida, Venezuela) que en sus mensajes los sordos recurren en una medida insospechada a la gramática de la lengua española.

El fracaso en el aprendizaje de la lectura y la escritura por parte de los sordos puede explicarse sin lugar a dudas como el resultado de una serie de factores que inciden negativamente en este proceso. Para dar esta respuesta es imprescindible tomar en cuenta las condiciones en que un niño normalmente oyente adquiere la lengua escrita. Pero cuidado: no se trata de reseñar los métodos que la escuela aplica para la enseñanza de la lectura y la escritura.

De lo que se trata es de describir las condiciones que hacen posible la formación de un lector, no de un lector balbuceante que sólo es capaz de decodificar silabeando un texto cualquiera con una comprensión limitada o nula, sino de alguien que pueda aprovechar plenamente los beneficios que brinda la lengua escrita, que sea capaz de interrogar, cuestionar, analizar y reflexionar sobre el texto escrito. No se trata de aprovechar la lectura en su función meramente informativa, sino de aprovecharla en lo que tiene de verdaderamente importante, en su función formativa.

1.- Un niño normalmente oyente, a los cinco o seis años de edad ha desarrollado el lenguaje en forma óptima, al ser para ello necesario y suficiente que se encuentre en un ambiente en el que los adultos significativos hagan uso espontáneo de una lengua natural.

2.- Un niño normalmente oyente, a los cinco o seis años de edad se ha apropiado de la lengua de su entorno, una lengua que le permite “entender todo lo que se dice y decir todo lo que quiera”, de acuerdo, por supuesto, con el desarrollo cognitivo que ocurre durante toda la infancia.

3.- Un niño normalmente oyente, a los cinco o seis años, plenamente competente en su lengua nativa y con un lenguaje óptimamente desarrollado, pone el lenguaje y la lengua al servicio del pensamiento, de la estructuración cognitiva, y puede de este modo alcanzar los niveles intelectuales de mayor complejidad.

4.- Con este bagaje, si un niño normalmente oyente se encuentra en un entorno en el que los adultos son usuarios competentes de la lengua escrita, ese niño no tendrá problema alguno para acceder al dominio de la lectura y la escritura. Su formación como lector está asegurada a no dudarlo, aunque esa formación sea “espontánea”, es decir no escolar, y asistemática.

5.- En este entorno que llamaremos “entorno lector”, el niño es invitado a adentrarse en el mundo de los libros, en la dimensión literaria. Y esta invitación no es forzada sino que muy por el contrario, resulta atractiva para el niño, que la acepta como un galardón, como un aval que le otorga el adulto lector para participar en ese “Club de la Lengua Escrita”, club virtual pero muy tangible y de insoslayable vigencia para quienes son miembros del mismo.

6.- El niño que se forma como lector, desde muy pequeño entiende las dos cosas fundamentales que, según Frank Smith, determinarán su futuro como lector:

La primera, entiende que los libros tienen cosas interesantes, es decir que la lengua escrita satisface determinadas necesidades “vitales”, y que reclaman una función trascendente, la función simbólica, metafórica, que permite el desarrollo de la abstracción, la imaginación, la fantasía... Por eso, los niños que viven en entornos de lectura reciben desde muy pequeños muchos, muchísimos cuentos que narran hechos, que hablan de sentimientos que hacen que el niño sienta que trasciende el estrecho espacio de su realidad inmediata para navegar por un mundo maravilloso.

La segunda, entiende que el lenguaje de los libros es un lenguaje diferente al lenguaje coloquial, al lenguaje de todos los días. Y entiende que apropiarse de ese lenguaje es imprescindible para aprovechar al máximo los contenidos de la lengua escrita. La sola fórmula tan conocida de “Érase una vez, en un país muy lejano...” abre las puertas de un mundo infinitamente más rico que el mundo de lo cotidiano, abre una vía regia para el enriquecimiento del pensamiento y para la reflexión.

7.- En términos muy concretos: todo niño que se habrá de formar como lector escucha desde los primerísimos años de su vida, los cuentos leídos por adultos significativos. El niño “lee a través del adulto” antes de saber leer. Y lo hace a satisfacción, porque el adulto que le lee no lo hace para enseñarle ninguna materia escolar, ni mucho menos lo hace para evaluarlo. No; lo hace para compartir. Y esta forma de incorporar al niño que aprende a la práctica de la lectura y la escritura es la única forma en que se puede dominar una práctica social como es la lengua escrita. Los adultos lectores leen y comentan lo que leyeron, no con intención académica sino con una intención mucho más profunda y noble: la de contribuir con el crecimiento intelectual, emocional y moral del niño con el que comparten esta actividad.

Es preciso que nos detengamos en este punto, para volver la vista atrás y tomar conciencia clara de las diferencias que existen entre este proceso que hemos esbozado en siete puntos y el que cursa el niño sordo de padres oyentes cuya pérdida auditiva ocurrió antes de haber culminado el desarrollo del lenguaje y la adquisición de una lengua natural.

1'.- Un niño sordo pre-locutivo, salvo casos excepcionales, a los cinco o seis años de edad no ha podido desarrollar el lenguaje en forma óptima, ya que no ha contado en su entorno con adultos significativos que hagan uso espontáneo de la única lengua natural que puede serle de utilidad: la lengua de señas.

2'.- Un niño sordo pre-locutivo, a los cinco o seis años de edad no ha tenido la oportunidad de apropiarse de una lengua natural, de una lengua que le hubiese permitido “entender todo lo que se dice y decir todo lo que quiera”, de acuerdo, por supuesto, con el desarrollo cognitivo que ocurre durante toda la infancia. Este niño, que se encuentra en un medio en que se hablan dos lengua (los oyentes la lengua oral y los sordos la lengua de señas), a los cinco o seis años y mucho más allá, lejos de dominar las dos lenguas, no domina ninguna de ellas. No es bilingüe, ni siquiera monolingüe. Es, como diría Boris Fridman, semilingüe.

3'.- Un niño sordo pre-locutivo, no siendo plenamente competente en su lengua nativa y no habiendo podido alcanzar un lenguaje óptimamente desarrollado, no puede ponerlos al servicio del pensamiento, de la estructuración cognitiva, y es muy probable que tenga serias dificultades para alcanzar los niveles intelectuales de mayor complejidad. No por casualidad todavía se sigue diciendo que los sordos tienen un pensamiento “concreto”. En tales casos, ello no obedece a la sordera, sino a las restricciones a que se ve sometido un niño sordo en un sistema que no toma en cuenta la satisfacción de sus necesidades especiales y específicas, escamoteándole el uso de una lengua natural.

4'.- Dadas estas condiciones, es necesario considerar que el niño sordo no va a poder acceder a la lengua escrita, que podemos concebir como una segunda lengua de mayor nivel de abstracción que la lengua hablada, con la misma facilidad con que puede hacerlo un niño normalmente oyente, óptimamente pertrechado con un lenguaje pleno y con pleno dominio de una lengua natural. Lamentablemente, esto no parece ser tomado en cuenta por quienes insisten en repetir de manera acrítica con el niño sordos los mismos procedimientos, de por sí cuestionables, con que se pretende enseñar a leer a los niños oyentes. No terminan de aceptar que si el remedio que se administra no tiene buenos efectos, no es porque la dosis es insuficiente, sino porque el remedio no sirve. Como consecuencia, los métodos para enseñar a leer han llegado a ocupar un lugar preponderante en la jornada escolar, y cada vez quieren ser aplicados

con mayor rigor y con mayor obstinación. Un verdadero encarnizamiento pedagógico, de muy negativas consecuencias.

No podemos llorar sobre la leche derramada. Mientras la educación de los niños sordos no se ponga como primera y única meta garantizar un desarrollo normal del lenguaje y la adquisición de una lengua natural sin restricciones, las cosas seguirán como están. Es de esperar que poco a poco el objetivo de “capacitar a los sordos para comunicarse” sea reemplazado por un objetivo mucho más prioritario. ¿Para qué la comunicación cuando no hay qué comunicar? La formación debe prevalecer sobre la información. Y en lo que respecta a la lengua escrita, proclamemos la consigna de Simón Rodríguez: “¡IDEAS!... ¡IDEAS!... antes que letras”.

Pero ¿y entonces? ¿Qué hacer? No debemos a priori pensar que todos los niños sordos pre-locutivos tendrán carencias de tal magnitud y cualidad que les impidan todo acceso a la lengua escrita. De una u otra forma, parcial y tardíamente, los niños sordos adquieren la lengua de señas, una lengua con la cual les es posible comunicarse libremente con su entorno. En tales circunstancias, no podemos ni debemos desaprovechar lo que podamos, pensando en un futuro que puede estar mucho más cerca de lo que aparenta.

5’.- ¿Cuál es el “entorno lector” que se le presenta al niño sordo en los primeros años de su vida, entorno que como vimos, es condición sine qua non para la adquisición de la lengua escrita, una lengua diferente, una lengua extranjera como diría J. P. Sartre. La lengua escrita no le es presentada al niño sordo como una práctica social atractiva, que le genere el deseo de aprenderla, que despierte una motivación intrínseca para hacerla suya. Es que todos los niños normalmente oyentes pasan del preescolar al primer grado de primaria con la emoción confesa de aprender a leer y escribir, como lo hacen los más grandes, como pudieron haberlo hecho sus hermanos mayores. Claro que es muy probable que si no cuentan con el entorno de lectura en sus hogares, la escuela les haga perder ese entusiasmo iniciático, a fuerza de descontextualizar la lengua escrita, extrañándola de su verdadera función. Y esto sucede invariablemente en las escuelas de sordos, donde parece haberse retomado el viejo adagio según el cual “la letra con sangre entra”, que si no es con sangre, sí es con sudor y lágrimas.

¿Quién podría “invitar” al niño sordo a incorporarse al mundo de los libros? Obviamente tendría que ser un lector competente que hablase con fluidez la lengua. Pero un personaje con ese perfil en la mayor parte de los casos brilla por su ausencia. Porque si es un lector competente, no habla bien la lengua de señas, y si se trata de un “señante” competente, en particular una persona sorda, no posee la competencia lectora que lo habilitaría para desempeñar la función de guía, de orientador, de alguien capaz de dar el aval para su incorporación al Club de la Lengua Escrita.

6’.- ¿Quién o quiénes le darán a entender al niño sordo que los libros tienen cosas interesantes? Lo más que podría transmitirles un sordo adulto que presenta notorias carencias en comprensión lectora es una descripción librada a su propio saber o entender, de las ilustraciones que acompañan los cuentos infantiles o los textos expositivos. Y lo más que podría transmitirles un oyente lector que no domina la lengua de señas es una suerte de mímica o de dramatización acompañada de gesticulaciones o verbalizaciones más o menos incomprensibles entre dos personas que no tienen una lengua en común. Es que la lengua escrita es, fundamentalmente, un registro particular del lenguaje, pero no del “lenguaje corporal” sino del “lenguaje mental”, parte de ese instrumento único, específico de la especie humana, y que es vehiculizado inexorablemente por una lengua natural, y sólo por una lengua natural.

7’.- Aquí anclaremos nuestra propuesta.

Para formarse como lector, al niño sordo se le deben leer cuentos, fábulas, anécdotas, experiencias, y hasta poesías, igual como se le lee al niño oyente. Para eso, es imprescindible contar con personas que tengan un claro y determinado perfil. No importa su profesión ni su oficio, ni su edad, ni su nacionalidad ni su raza, ni ningún rasgo caracterial especial. Lo único que importa es que sepan leer y que sepan hablar en lengua de señas. Pero cuidado: que sepan leer no quiere decir que sepan simplemente asignarles un sonido a las letras. Saber leer no quiere decir simplemente ser capaz de asignarles un sonido a las letras y con ello formar palabras. No, saber leer es tener la capacidad para comprender el texto, analizar el contenido, explicitar un sentido, y entablar un diálogo fructífero con el autor, por supuesto, a través del tiempo y del espacio. Pero más que eso, leer es entablar un diálogo consigo mismo, buscando las respuestas a preguntas quizás nunca formuladas conscientemente de antemano. Leer es encontrarse a uno mismo, leer es

formarse. Como podrá apreciarse, no basta con no ser analfabeto para enseñar a leer, así como no basta con conocer las notas para enseñar música. En conclusión, debemos aceptar que no son muchos quienes en verdad saben leer, quienes encuentran satisfacción a sus inquietudes leyendo, y que quieran leer para compartir esta actividad.

Y una exigencia similar es la que refiere a saber hablar en lengua de señas. No se trata de manotear señas ensartadas en la cadena del discurso en español. Eso no es hablar lengua de señas, eso es español signado, y ese “mamarracho” no cumple con las funciones exigidas. Y peor aún, crea la ilusión de que los niños sordos están entendiendo cuando no es así. Quienes hablan realmente la lengua de señas natural son los sordos en sus comunidades. Ni siquiera lo hacen en presencia de oyentes, ya que en esta circunstancia tratan de “mejorar” su lengua intentando hablar español signado.

La propuesta de “Apreciación literaria”

Esta es la situación, y ésta es nuestra propuesta: se trata de “leerles” textos a los niños en lengua de señas (no en español signado), para asegurar que el contenido del texto les llega a cabalidad, sin lagunas ni deformaciones. Se trata,

* en una primera etapa, de preparar a quienes reúnan las condiciones mencionadas, para que puedan “leer” cuentos, fábulas, poesía, etc., en lengua de señas natural. Porque no necesariamente un hablante fluido de lengua de señas y con competencia lectora puede de buenas a primeras convertirse en un buen lector de cuentos. Porque no se trata simplemente de “decir” el cuento, sino de promover la interacción dialógica que promueve todo adulto lector con todo niño con quien comparte la lectura.

** seguidamente, esos adultos preparados, van a “leer” cuentos a adultos sordos que no poseen competencia lectora, pero que son hablantes fluidos de la lengua de señas natural. Vamos a asegurarnos que esos adultos sordos comprenden el texto leído, y vamos entonces a prepararlos para que a su vez “lean” esos cuentos a niños sordos.

*** en una tercera etapa, los sordos adultos van a compartir textos de diferente naturaleza que han sido previamente comentados, de modo de asegurar que

todos ellos han sido capaces de “apreciar literariamente” el texto. Esto quiere decir que han sabido “entrarle” al texto mucho más allá de lo explícito, que han sabido leer entre líneas, que han sabido percibir lo que no está escrito, y que muchas veces es más importante que lo que linealmente nos dice el texto.

**** por último, la prueba de fuego. Se trata de que esos adultos sordos señantes eficaces, les “lean” en lengua de señas los cuentos a los niños sordos. Y evaluar el impacto producido. Esperamos ver niños que piden que les “lean” cuentos. Esperamos ver niños que se acercan al texto para indagar “dónde dice qué”. Y esperamos ver niños sordos que a partir de esas lecturas desarrollen su imaginación y su fantasía, para que nadie pueda decir de ellos que tienen un pensamiento “concreto”. De ahí en adelante, estamos convencidos, lo demás sería lo de menos.

Los materiales que utilizamos en la propuesta, en particular cuentos, fábulas, leyendas y poesías están a disposición del programa, con comentarios pormenorizados dirigidos a facilitar la labor de los “promotores” de la apreciación literaria.

Carlos Sánchez
Venezuela (*)

(*) Ponencia presentada en el II Congreso iberoamericano de educación bilingüe para sordos realizado en Asunción, Paraguay, del 24 al 28 de abril de 2012.